

en la persona de Magno de Holstein. Magno, como el coadjutor inepto del arzobispo, aquel Cristóbal de Mecklenburgo pegado á las faldas de su madre, era casi un niño todavía y no poseía ninguna cualidad que le hiciera apto para libertar al país del azote de los rusos. Los pocos soldados que le seguían apenas merecían ser tenidos en consideración y sus recursos pecuniarios distaban mucho de ser suficientes para hacer frente á los gastos de una guerra como la que amenazaba.

Las mencionadas negociaciones del obispo de Oesel habían terminado con el tratado de 26 de setiembre de 1559. Magno de Holstein fué elegido sucesor de Munchhausen y reconocido como tal en Oesel por el cabildo catedral y por la nobleza diocesana. Munchhausen abandonó el obispado, que tantos peligros ofrecía, llevándose consigo 30,000 thalers que le habían dado los daneses y las riquezas que oportunamente había puesto en lugar seguro. Todo se redujo, pues, á un vergonzoso negocio mercantil, cuyo factor principal fué el provecho personal del obispo, el cual no tuvo que sufrir ataque alguno por las graves complicaciones que necesariamente iban á sobrevenir.

Al obispado de Oesel pertenecía también la cercana costa del continente, la de Wiek con la ciudad de Hapsal. Magno alcanzó, pues, una situación política importante cuando también el obispo de Reval, Mauricio Wrangel, le cedió su diócesis, dando pruebas de la misma deslealtad que sus colegas habían mostrado. Con razón estaba Kettler altamente indignado de la conducta de los prelados y en especial de la de Munchhausen, que se había comprometido expresamente á no llamar nunca á un extranjero á su obispado. Además, una tercera parte de Oesel pertenecía á la orden y Magno invadió los derechos de ésta cuando aceptó el castillo de Sonnenburg de manos de mercenarios amotinados, que habían puesto preso al preboste de la orden, Ludinghausen Wolff. El hijo del rey de Dinamarca se sentía tanto más seguro en su posición cuanto que contaba con la benevolencia de Moscú, á la sazón en relaciones hasta cierto punto buenas con la nación danesa. La orden, sin embargo, no podía dejar abandonados sus derechos al capricho de un príncipe aventurero, de suerte que á la calamidad de la lucha con los rusos parecía inminente que vendría á unirse la de una nueva guerra. Era, por lo tanto, preciso llegar á un arreglo, cualquiera que fuese.

Para ello entabláronse en Pernaú negociaciones entre el duque, que entonces contaba diez y nueve años, el anciano arzobispo, su coadjutor Cristian y Gotardo Kettler, cuatro pretendientes de los cuales ninguno representaba el bien del desdichado país, sino que cada uno veía un enemigo en aquel que constituía un obstáculo para sus ambiciosos planes. Pero de todos modos Kettler era á la sazón todavía el representante de aquella idea por medio de la cual pensaba la orden conservar la existencia de Livonia, el adalid del unitarismo, el jefe de la organización que, si no creado, por lo menos había restaurado la antigua Livonia y había sabido defenderla por espacio de tres siglos contra enemigos interiores y exteriores. Prueba de la situación crítica en que se encontraba la orden es el armisticio que por mediación del arzobispo se firmó hasta la próxima Pascua de Pentecostés (1561), en el cual se reconocían provisionalmente las pretensiones del príncipe danés, á cambio de la promesa hecha por éste de llevar al ejército de la orden una parte de sus tropas.

Mas en los momentos en que se firmaba este convenio (6 de agosto de 1560) ocurrió otro suceso decisivo de cuyas consecuencias no había de reponerse la orden.

Los ejércitos rusos, que en todas partes se presentaban

muy superiores en número á sus adversarios, habían devastado entretanto en todos sentidos los territorios del centro y del Sur de Livonia. A pesar de la valerosa resistencia que en algunos casos aislados se le opuso (de lo cual hay pruebas en gran número), la diseminación de las fuerzas livonias fué causa de que nunca pudiera conseguirse una completa victoria sobre los invasores. El día 2 de agosto de 1560, es decir, mientras las negociaciones de Pernaú, el mariscal de la orden logró al frente de escasas tropas derrotar por completo en Ermes á una avanzada rusa; pero aquella pequeña hueste envalentonada con el triunfo y sin sospechar que muy cerca de allí estaba emboscado un ejército ruso de 12,000 hombres, vióse de repente cercada por todos lados, pereciendo en la contienda la mayor parte de los que la formaban y siendo los demás hechos prisioneros. Esta pérdida era tanto más sensible, cuanto que entre aquellas tropas figuraban los más preclaros capitanes de la orden y lo más florido de la nobleza del país. El mariscal Felipe Schall de Bell, su hermano Werner, dos prebostes de la orden y 120 caballeros fueron conducidos en calidad de prisioneros á Moscú, donde el czar les hizo azotar por las calles con disciplinas de alambre hasta que sucumbieron, ordenando entonces que se les cortara la cabeza. Desde este suceso la bandera de la orden no volvió á ondear en los campos de batalla sirviendo de enseña á sus caballeros para combatir contra el enemigo: la jornada de Ermes tuvo por consecuencia la extinción de la orden. Siendo ya imposible buscar la salvación en las fuerzas propias, la opinión general creyó que solo en la unión con una potencia extranjera cabía encontrarla: Suecia, Dinamarca y Polonia debían ser los amos de Livonia si no se quería que ésta fuese á parar á manos del moscovita. El reino alemán, que tenía no solo el mejor derecho sino también el deber de hacerse cargo de la herencia, no podía ya en realidad ser considerado como factor político en las cuestiones de Oriente, pues en 1525 había demostrado su impotencia en este punto y renunciado á todo papel político en los asuntos europeo-orientales.

Consecuencia también de la derrota de Ermes y de la funesta discordia que con motivo de ella nació entre Magno y los livonios, fué la pérdida de la importante fortaleza de Fellin. Los generales rusos, príncipes Kurbsky y Mstislavsky, habían ya en Ermes dirigido sus miradas sobre Fellin, cuya conquista era la meta que les había indicado el czar. La fortaleza, construida sobre tres colinas unidas por medio de murallas, estaba perfectamente artillada; el anciano maestre Furstenberg hallábase resuelto á conservarla á todo trance y la nobleza de los alrededores que se había refugiado en la plaza le era completamente adicta.

La ciudad, que al pie de la fortaleza se extendía y que estaba asimismo rodeada de murallas, contaba con una guarnición de 250 lansquenets; y como para atacar el castillo era preciso que antes se tomara la ciudad, los habitantes de ésta y los soldados que la guarnecían tenían un magnífico refugio para el caso de una necesidad extrema. Todo fué bien al principio, y aun después de incendiada y reducida á cenizas la ciudad por los proyectiles ígneos del enemigo, los de la fortaleza rechazaron tres asaltos de éste. Pero la falta de dinero hizo inútiles tantos esfuerzos, pues en cuanto se vió que el maestre no podía pagar los salarios ofrecidos, los lansquenets extranjeros entraron en negociaciones con los rusos, que les prometieron franca salida con todo lo que poseían á cambio de la entrega del fuerte. Furstenberg, que con las escasas fuerzas representadas por la nobleza y por los campesinos no podía ocupar la extensa línea de fortificaciones, procuró en vano retener á los mercenarios ofreciéndoles su bolsa y sus alhajas y arrojándose á sus piés deshecho en llanto; los traidores le arrancaron las llaves del cinto, opinando que era mejor que pereciera el «viejo espía» que no que sucumbieran tantos de sus buenos camaradas, y después de haber obtenido de él por la violencia un salvo-conducto y de haber robado cuantas preciosidades habían puesto allí en seguro el maestre, los nobles y los campesinos, abrieron al enemigo las puertas de la fortaleza conforme á lo estipulado. De esta suerte cayó Fellin, en 26 de agosto de 1560, en poder de los rusos: Furstenberg fué hecho prisionero y llevado á Moscú, falleciendo poco después en Kolomna.

Los traidores mercenarios no disfrutaron de su rapiña, pues los rusos les quitaron los tesoros robados y les desarmaron, dándoles en cambio unos palos blancos con los cuales fueron luego peregrinando hasta Pernaú; pocos de ellos escaparon de las asechanzas de la orden, cuyos individuos, en cuanto cogían á un traidor, le martirizaban y le daban muerte.

La pérdida de Fellin era irreparable: aquel castillo, el más fuerte de la orden, fué desde entonces el punto de partida de las ulteriores empresas de los rusos, que supieron defender y conservar su preciosa posesión. Es de todo punto imperdonable que no se enviase oportunamente á Furstenberg los refuerzos necesarios: el país en masa dijo á Kettler que su deber era haber auxiliado al antiguo maestre y aun en la actualidad causan muy poca impresión las disculpas y las explicaciones que aquel dió de su conducta. La derrota moral que con ello sufrió la orden fué mucho mayor que el quebranto que experimentó exteriormente su poderío: esta triste situación no mejoró ni siquiera con la heroica defensa de Weissenstein, dirigida por el joven caballero de la orden, Gaspar de Oldenbokum, quien con escasas tropas resistió por espacio de cinco semanas á las fuerzas muy superiores de los rusos y les obligó á levantar el sitio y á retirarse. El enemigo recorrió el país en todas direcciones; los labradores se sublevaron contra los propietarios, las tropas de auxilio lituanas que al fin se presentaron mandadas por Chotkiewitz fueron varias veces derrotadas en Wenden, viéndose obligadas á reparar el Duna, y el duque Magno nada hizo para auxiliar á los oprimidos territorios. De las esperanzas concebidas por los crédulos acerca de su llegada, ni una sola se realizó; el duque, por el contrario, dirigió todos sus esfuerzos á explotar la general ruina para fundar su dominación en el país livonio. Su plan consistía en crear nuevamente el ducado danés de Estonia y ensancharlo cuanto pudiera por medio de la astucia ó la violencia. Mientras los rusos se negaban á reconocer la neutralidad por él solicitada, los rumores en parte prematuros, en parte intencionados, que sobre esto circularon, fueron causa de que muchos livonios huyeran con sus mujeres y sus hijos á la Wiek, en donde cayeron en poder de las hordas ruso-tártaras que penetraron en aquel país completamente abierto. Magno, contra el cual se lanzaron muy pronto burlas é injurias, tuvo que huir á Oesel, donde su situación se hizo tan difícil á consecuencia de sus errores políticos y de su carencia de recursos, que en el otoño de 1561 regresó al lado de su hermano, el rey Federico de Dinamarca, con gran descontento de éste. La embajada de la orden que poco después llegó á Dinamarca para formular sus acusaciones contra Magno, halló la mejor acogida, debiendo éste, por orden del rey, prorogar por tres años, es decir, hasta la Pascua de Pentecostés de 1564, su armisticio con Kettler. La corte danesa se había convencido de que la situación conseguida en Livonia solo podría conservarse limitando la soberanía de Magno y estableciendo muy estrechas relaciones entre Oesel y Dinamarca. Solo bajo condiciones que coartaban completamente su libertad, consintió Federico en el regreso de su hermano á Livonia: Magno

RUSIA, POLONIA Y LIVONIA

hubo de prometer no abandonar en lo sucesivo el país sin permiso del rey y nunca por más de dos meses, confiar la dirección de los negocios públicos á un administrador instituido por el monarca, que sería Dietrich Behr, no concertar alianzas ni declarar guerras sin antes haber obtenido el consentimiento del rey, y permitir que hubiera en Oesel un superintendente como jefe de los evangélicos (obligación del duque Magno, de 4 de mayo de 1561). Abundantemente provisto de dinero entró nuevamente Magno en Arensburg, en 18 de mayo. El rey Federico se creía dueño de la situación y mientras por un lado esperaba obtener del maestre de la orden la cesión de Sonneburgo á cambio de la renuncia por parte de los daneses de toda pretensión sobre el obispado de Curlandia, por otro encargaba á Dietrich Behr que negociara secretamente la posesión de Reval y lograra, á ser posible, de Rusia el reconocimiento de los derechos reclamados por Dinamarca.

Sin embargo, había pasado en Reval la ocasión oportuna para el buen éxito de las pretensiones danesas, pues bajo la presión de las derrotas de Ermes y de Fellin habíanse reanudado desde setiembre de 1560 las relaciones con Suecia, nunca completamente rotas, con el firme propósito de unirse á Gustavo Wasa. La actitud débil y poco afortunada de Kettler, la inepticia del duque Magno, la desconfianza que éste inspiraba, la conducta más que ambigua que observaban las tropas lituanas que habían penetrado en el obispado de Curlandia y en los territorios del Sur de Livonia y el convencimiento de que no había que esperar auxilio alguno de Alemania, eran otros tantos impulsos que inducían á una unión con Suecia. Gustavo Wasa, aunque habría visto con gran gusto el mantenimiento de la situación de la orden y en tal sentido trataba de influir cerca de Rusia, no podía desconocer los motivos que abogaban por la intervención de Suecia en lo sucesivo, y á punto estaba de adoptar una resolución á este efecto encaminada, cuando le sorprendió la muerte en 27 de setiembre de 1561. El entronizamiento de un hombre tan apasionado y ambicioso como Erico XIV, hizo prevalecer en Estocolmo la tendencia de los que esperaban ganar territorios y vasallos en la cuestión livonia. Suecia, como Polonia, Rusia y Dinamarca, quería apoderarse de una parte del botín y aun acariciaba la idea de ser señora de toda la costa del Báltico, opinando que era preciso apoderarse rápida y decididamente de Estonia. Así lo hizo el rey Erico, el cual se negó á prestar el auxilio que de él imploró Kettler, diciendo que solo lo concedería en el caso de que Reval se sometiera á su patronato. En vista de esto, los caballeros de Harrien y de Wirlandia y la ciudad de Reval se dirigieron nuevamente al maestre Gotardo Kettler, manifestándole que solamente siendo auxiliados con prontitud y energía podían seguir perteneciendo á la orden, y exigiendo de él promesas claras y terminantes. Habiendo sido poco satisfactoria la contestación de Kettler, que en buenas palabras indicaba como remedio la ayuda de Polonia, los peticionarios se inclinaron á aceptar los ofrecimientos de Suecia. La intimación del rey para que se le sometieran fué hecha en 30 de abril de 1561: después de largas negociaciones, llegóse á un acuerdo definitivo con el embajador sueco Klas Horn, conviniendo en 4 y en 6 de junio Harrien, Wirlandia, Jerwen y la ciudad de Reval en reconocer la soberanía de Suecia. La catedral revalense, defendida por Oldenbokum, pudo resistir por espacio de tres semanas; pero al fin, viendo que no había esperanza alguna de auxilio, capituló en 23 de junio, con lo cual quedó para siempre destruida la dominación de la orden en Estonia, pasando á ocupar el antiguo puesto del comendador de la orden en Reval el gobernador sueco Claus Christensen. Los privilegios que el rey Erico XIV concedió

en 2 de agosto de 1561 a los caballeros y a la ciudad de Reval, señalan el término de un período histórico de más de trescientos años. Quedaba, pues, rota la cohesión política con la madre patria, debiendo contentarse los vencidos con poder conservar, al ser sometidos a una soberanía extranjera, la cohesión moral con el modo de ser alemán en cuanto esto era posible en fuerza de solemnes promesas y de obligaciones recíprocas. En medio de los grandes antagonismos religiosos que destrozaban el Oriente europeo, una cosa por lo menos se había logrado, y era tener en la luterana Suecia la garantía del mantenimiento de la doctrina pura de la Confesión de Augsburgo. El antagonismo nacional dejábase sentir menos de lo que se sintió después: por las venas de los suecos circulaba sangre germánica, y cuando en los documentos de los archivos del Consejo de Reval, escritos en sueco, encontramos aquí y allí esparcidas unas pocas palabras bajoalemanas, nos parece que aquellos ciudadanos alemanes debían de hacerse la ilusión de que la lengua en que se les hablaba no era más que una rama derivada de su propio idioma, no habiéndose creído necesario adoptar disposición alguna referente al idioma en que debían redactarse las actas y los privilegios.

Cuáles eran los ulteriores planes que acariciaba Erico XIV nos lo revela la esperanza de conquistar a Riga que en agosto de 1561 abrigaba su gobernador; el monarca sueco firmó al poco tiempo un armisticio con Ivan que le permitió conservar su situación enfrente de las pretensiones de Dinamarca y de las fuerzas militares de Polonia.

No cabía la menor duda de que el resto de Livonia había de ser polaco en cuanto no lo poseyeran los rusos. Kettler se había dirigido nuevamente al emperador y al reino, y adquirido el convencimiento de que ningún auxilio podía esperarse de estos; de modo que después de haber caído Pernau en poder de los suecos, no quedó más remedio que acceder a las exigencias de Segismundo Augusto. El maestre esperaba que, como feudatario de Polonia, conseguiría ocupar sobre toda la Livonia una situación análoga a la que había logrado en Prusia Alberto de Brandeburgo; mas esto no se avenía con los planes del rey, el cual quería tener bajo su inmediata soberanía a toda la Livonia y especialmente a la ciudad de Riga, y por eso los auxilios polacos estaban calculados menos para resistir a los rusos que para ocupar aquellos puntos que habían de servir de apoyo a la futura dominación de Polonia. De aquí que se dejaran intencionalmente aumentar los apuros de aquel país para que aceptara todas las condiciones de las cuales el rey polaco estaba firmemente resuelto a no separarse un ápice.

También se pensaba en unir a la sojuzgada Livonia no con Polonia y Lituania, sino simplemente con esta última: de este modo la primera de las tres naciones había de ser la dote que decidiera la unión de las otras dos tal como se verificó en 1569. En las negociaciones que sobre este particular se entablaron entre Kettler y Segismundo Augusto, el maestre cedió en todo, firmándose en 28 de noviembre de 1561 el pacto en virtud del cual Livonia se sometía al rey de Polonia y al gran duque de Lituania, pero en el caso de que Polonia no aceptara la sumisión debería ser únicamente anexionada al gran ducado. El maestre recibió la Curlandia como feudo hereditario, ingresó en el estado laico y tomó el título de duque de Curlandia y de Semigalia. Los territorios situados al otro lado del Duna, Riga inclusive, pasaron a poder del rey, quien confirmó todos los derechos y libertades, aseguró al país la libertad absoluta de profesar la Confesión de Augsburgo, de acatar las supremas autoridades alemanas y de hablar el idioma alemán y prometió obtener del reino germánico la aprobación de este tratado. Tal fue el

*Privilegium Segismundi Augusti*, cuyas disposiciones constituyen los fundamentos de la situación de derecho dentro de la cual todos los territorios de la orden, desde entonces sometidos a la soberanía extranjera, pudieron por espacio de tres siglos mantenerse como una entidad especial.

El arzobispo entró en febrero de 1562 en los pactos de sumisión y lo mismo hicieron todas las ciudades, a excepción de Riga, que en 17 de marzo prestó un juramento clausulado, a lo que la obligó la ocupación de Dunamunde por Kettler, que le cerraba toda comunicación con el mar.

El día 5 de marzo se cambiaron los antiguos documentos de la orden por los diplomas de sumisión. El vaivoda de Wilna, el jefe de los protestantes lituanos a quien ya conocemos, encontrábase en Riga con cien jinetes, y en su presencia y delante del maestre, del arzobispo, de los señores de la orden que todavía allí quedaban y de todos los caballeros representó en el antiguo castillo de la orden el último acto de la tragedia de la orden teutónica. «Allí — dice un contemporáneo — lamentóse el gran maestre delante de toda la asamblea de que el enemigo hereditario había devastado aquellos países señalando por todas partes su paso con el saqueo, el asesinato y el incendio, y de que a pesar de haber suplicado y exigido con gran actividad auxilio y defensa del romano imperio, del maestre alemán y de todos aquellos en quienes esperaba hallar consuelo, no había obtenido hasta entonces ayuda de nadie. Añadió que cuando había recibido un castillo de la orden había encontrado el nido vacío y sin provisiones con que defenderlo, que si los territorios hubiesen estado unidos como lo estaban antiguamente, no habría sido necesario el cambio ocurrido, y que él personalmente haría aun cuanto pudiera. Pero que habiendo faltado aquella unión tenía necesariamente que llevar las cosas de manera que aquellos territorios no cayeran bajo el poder tiránico del enemigo hereditario, sino que pudieran subsistir dentro del nombre de cristianos al lado de la real majestad de Polonia, que, como potencia cristiana, les ampararía y defendería contra aquel enemigo. Terminó diciendo que, en su consecuencia, relevaba a los señores de la orden de su deber y obediencia previa deposición de la cruz y a la nobleza de su juramento. Hecho lo cual, juraron fidelidad al rey de Polonia.» Así acabó la orden teutónica en toda la Livonia, bajo el peso de graves culpas por su parte pero también de una crisis extrema a la que difícilmente hubieran podido resistir otros Estados más poderosos y con una población animada por un sentimiento nacional. La orden sucumbió de todos abandonada y debilitada por discordias intestinas en un tiempo en que el pundonor político había descendido a muy bajo nivel en la madre patria. Para la colonia alemana comenzó un nuevo período de desenvolvimiento; bajo la presión de la dominación extranjera aprendió a conservar los eternos bienes que había heredado del pasado, a saber: sus creencias protestantes, su modo de ser alemán y aquella perseverancia en la defensa de su carácter distintivo, que en nuestros días se ve sometido a una nueva y difícil prueba.

Segismundo Augusto no cumplió ninguna de las promesas que por sí y por sus sucesores había hecho tan solemnemente: el mismo nuevo duque de Curlandia solo hasta el año 1565 vio respetada la situación de administrador de Livonia que en virtud del convenio se le había concedido y garantizado. Livonia, a las órdenes del general extranjero Chotkiewitz, prosiguió sus luchas contra los enemigos del interior y del exterior, pero ya no por su propio interés sino por el de sus nuevos señores. Kettler estuvo al lado del duque Alberto de Brandeburgo, ayudándole con sus consejos y con sus actos: el duque, que acariciaba la esperanza de que en lo porvenir sería posible establecer la unión directa de Curlandia con

Prusia, hubo de fijar contra su voluntad su residencia en Mitau y no en Riga como era su deseo.

Finalmente Cristóbal de Mecklenburgo, que se había unido a Suecia, intentó, a la muerte del arzobispo Guillermo (4 de febrero de 1563), fortalecer su posición en la archidiócesis; pero en 4 de agosto del mismo año se vio obligado a capitular en el castillo de Dahlen ante el duque Gotardo, y habiendo sido conducido a Polonia, no recobró su libertad hasta 1564, es decir, cuando ya no podía abrigar la menor esperanza de establecerse nuevamente en Livonia. Su hermana Ana, que en 1566 se casó con Kettler, fue la fundadora de la casa ducal de Curlandia. Considerados estos hechos desde el punto de vista alemán, es imposible seguir sin tristeza el curso de los acontecimientos. Mientras en Occidente caían los tres obispados en poder del enemigo, desligábase del imperio el robusto miembro que éste tenía en Oriente, el cuerpo político que en los venturosos días de su constitución parecía destinado a asegurar para siempre en el mar Báltico el restablecimiento del nombre alemán. Los colonos del Báltico, genuinamente alemanes así en sus virtudes como en sus vicios, tenaces como lo han sido siempre los emigrantes de sangre bajo-sajona, se perdieron para el imperio porque éste se había perdido a sí mismo bajo el cetro de los Habsburgos españoles. Con tales jefes supremos ¿cómo hubiera podido encontrarse la fuerza moral y material necesarias para conservar una herencia cuyo valor solo se comprendía desde el punto de vista de la idea nacional alemana?

## CAPITULO VI

### IVAN EL TERRIBLE

Mientras la guerra por la posesión de Livonia seguía su desastroso curso, ocurrió en el carácter del czar Ivan el cambio que hacia tiempo se venía en él preparando y que le valió el sobrenombre de Terrible. Ya hemos visto que la muerte de la zarina Anastasia proporcionó el pretexto para la caída de Silvestre y de Adascheff. Aunque pocos hechos punibles pudieron serles atribuidos, un tribunal complaciente desterró al sacerdote a un convento situado en el extremo Norte, y Adascheff, que había sido enviado a Fellin como vaivoda, fue relegado a Dorpat, donde acabó sus días. El czar se rodeó de nuevos favoritos, entre los cuales ejercieron sobre él pernicioso influencia el boyardo Basmanoff, el príncipe Wjasemsky y el infame Malyuta Skuratoff Bjelski. Desde luego se manifestaron las nuevas tendencias por una serie de ejecuciones que revelaban el placer que encontraba Ivan en los martirios sangrientos; y como muy pronto nadie creyó seguros su vida ni sus bienes, algunos boyardos buscaron su salvación huyendo a Lituania. Ivan estaba cada vez más dominado por la idea de que vivía rodeado de traidores y de que los partidarios de Silvestre y de Adascheff trataban de reconquistar su antigua situación con auxilio extranjero. Además, las cuestiones livonias le afectaban profundamente, considerando la guerra livonia como asunto propio y viendo en ella la empresa directamente relacionada con su emancipación del influjo que Silvestre y Adascheff habían sobre él ejercido. Por esta razón le exasperaba doblemente cualquier resistencia que en esta cuestión se le opusiera. Las disensiones con Lituania, nacidas de la rivalidad que por causa de Livonia existía, se aumentaron cuando Segismundo Augusto se negó en formas algo bruscas a conceder a Ivan la mano de su hermana, que éste le había pedido. El czar había encargado a sus embajadores que de las dos princesas escogieran para él la más sana, hermosa y robusta, y recayó la elección en la princesa Catalina. Mas como en Polonia-Lituania

vivía aun el recuerdo de los peligros que el parentesco con el soberano ruso trafa consigo, Segismundo Augusto puso por condición para que se efectuara el matrimonio la cesión de Nowgorod, Pskoff, Sewersk y Smolensko. Tal exigencia hizo naturalmente que se rompieran las negociaciones por parte de Ivan, el cual se casó en 21 de agosto de 1561 con una scherkesa que hubo de ser previamente bautizada y cuyo carácter bárbaro aumentó las perversas inclinaciones del czar. Cuando poco después la Livonia reconoció la soberanía de Segismundo Augusto, Ivan contestó con una declaración de guerra y, según se decía, quería él en persona y con todo su ejército luchar contra Segismundo, llevando consigo un ataud donde se habría de encerrar la cabeza del rey polaco o la suya propia. El casamiento de Catalina con el duque Juan de Finlandia, hermano de Erico XIV, exacerbó su irritación y otro tanto hizo la noticia de que su ejército mandado por Kurbsky había sido derrotado por Kettler. Entonces resolvió ponerse al frente de sus tropas, y en 31 de enero de 1563 le encontramos delante de Polozk, plaza importante por sus antiguas relaciones mercantiles con Riga. Esta plaza en 15 de febrero tuvo que rendirse a las fuerzas superiores moscovitas después de haber visto incendiadas sus empalizadas y derruido un gran trozo de muralla. El vaivoda lituano que había dirigido su defensa y el obispo fueron hechos prisioneros y enviados a Moscú; la ciudad fue saqueada; los templos católicos fueron destruidos, los frailes asesinados y la población judía ahogada en el Duna. Los 500 mercenarios a quienes se había prometido libre salida no solo vieron cumplida esta promesa sino que, por uno de esos caprichos que caracterizaban al czar, fueron colmados de regalos, consistentes en preciosas pieles. Ivan, que creía haber obtenido un gran triunfo, adoptó las medidas necesarias para asegurar la posesión definitiva de la importante fortaleza. Tres vaivodas, los príncipes Pedro Ivanowitz Schuisky, Wassili y Pedro Semenowitz Seryabreny Obolensky, cuidaron de poner a la ciudad a cubierto de ulteriores ataques y alejaron de ella a todos los sospechosos. Ivan, que entonces quiso mostrar que también sabía guardar ciertos miramientos, toleró que un tribunal compuesto de nobles lituanos de su confianza administrara justicia según los principios del derecho lituano.

El czar celebró su triunfo en Moscú con gran esplendor; como después de la toma de Kasan, salió el clero a recibirle en procesión y como entonces también prosternóse Ivan a su presencia. Dirigiéronse mutuamente algunas frases de felicitación, dando el clero gracias a Ivan por haber librado a Polozk de los iconoclastas luteranos y por haber reunido a los demás cristianos dentro de las creencias ortodoxas. En aquella, como en todas las empresas de Moscú, luchábase en el fondo por «la verdadera fe.»

A Segismundo Augusto conmovióle profundamente la pérdida de Polozk, en cuyo suceso habíase demostrado una vez más de una manera lamentable la poca aptitud de las tropas polaco-lituanas; y tratando de ganar tiempo ante todo, procuró excitar contra Moscú al khan de Crimea, con cuyo auxilio había contado anteriormente. A consecuencia de negociaciones entre los magnates lituanos y los boyardos moscovitas se pactó un armisticio, que después fue confirmado por Ivan, señalando el día 6 de diciembre de 1563 como término de las hostilidades. Segismundo Augusto hizo decir al khan que su solo deseo era lograr un canje de prisioneros: el khan podía, pues, dirigirse contra Moscú durante el invierno, ya que en ningún caso se prolongaría el armisticio más allá de julio. Segismundo esperaba también poder atizar al sultan contra Moscú. Aun cuando en la corte del czar no se tenía conocimiento de estas cosas, los embajadores del rey fueron recibidos en ella con gran desconfianza. Ivan había sabido